

DIARIO DE MADRID

DEL MARTES 8 DE DICIEMBRE DE 1812.

La Purísima Concepcion de nuestra Señora, Patrona de España y sus Indias. = *Quarenta horas en la iglesia de monjas Capuchinas.* = Jubileo.



| Observ. meteorológicas de ayer. | | | | Afec. astr. de hoy. |
|---------------------------------|-----------|------------|-----------------|---|
| Epocas. | Termómet. | Barómet. | Atmósfera. | El 5 de la luna |
| 7 de la m. | 7 s. o. | 26 p. 1 l. | E.-nord-esteyN. | Sale el sol á las 7 y 21 m. y se pone á las 4 y 39. |
| 12 del día. | 9 s. o. | 26 p. 1 l. | E.-nord-esteyN. | |
| 5 de la t. | 8 s. o. | 26 p. 1 l. | E.-nord-esteyN. | |

Madrid 7 de diciembre de 1812.

Por decretos de 7 de este mes estan nombrados para desempeñar por ahora las funciones correspondientes á la sala de alcaldes y junta criminal de esta corte D. Manuel Perez Camino, D. Domingo Agüero, D. Manuel Silvela, D. Francisco Iturribarria, D. Francisco de Leon Bendicho, y D. Antonio Porras fiscal; y de jueces de primera instancia con la misma calidad D. Roque Novella, D. Salvador Rodriguez Buron y D. Domingo Jáuregui.

Un español ilustrado acaba de remitirnos la siguiente carta, que creemos deber anunciar, no menos por el honor del nombre español, que por el interes mismo de la patria, cuyo verdadero sistema de salud se desenvuelve tan exáctamente en él.

Señor redactor: el que considere por los resultados de la guerra de Rusia el colosal poder del imperio de Francia; el que vea, casi sin disparar un tiro, derrocado el gigantesco aparato con que desde el Norte se amenazaba á la Europa ha mas de medio siglo; el que ocupe con la consideracion la línea desde el Báltico al mar Negro, guarnecida toda por medio millon de hombres aguerridos y armados, que marchando en silencio, y guiados por el genio de la victoria, empujan hácia el polo á una nacion bárbara, que se aproximaba á pasos de gigante hácia la Europa culta, para renovar acaso las escenas de horror del siglo de Atila; el que medite al mismo tiempo la tranquilidad y orden con que baxo la sombra del mismo guerrero se ocupan en su felicidad interior todas las naciones de Europa unidas y hermanadas con este mismo objeto: ¿qué concepto formará de la infeliz península, que sin plazas, recursos ni gobierno mantiene todavía una funesta guerra, que la está reduciendo

á escombros y á cenizas, é insulta á aquel poder, que en un solo momento puede decretar su entera destruccion, sin que fuerza alguna pueda servirle de óbice para llevarla al cabo? O la España es estúpida, ó es loca. No hai al parecer otra respuesta que pueda dar salida á la extrañeza de su conducta. Pero ocupado yo en desentrañar este misterio de inconsecuencia, creo todavía haber encontrado razones poderosas con que libertarla de tan indignas notas. Voi á explicarme, señor redactor, á quien pido paciencia, porque el asunto la exige por su importancia.

Y desde luego debo hacer conocer á vmd., al público y al mundo que España no resiste; que la nacion obedece, y ha aceptado y acepta gustosísima la mutacion de dinastía, indispensable á su bienestar, atendidas las circunstancias de Europa, y quantas disposiciones ha querido tomar el Emperador de los franceses, para que entrando como una de las partes más principales en el sistema del continente, trabaje con sus fuerzas en la destruccion de Inglaterra, separándose de todo comercio y trato con la misma, porque esto solo es lo que le interesa, y lo que puede executar con mucho menos perjuicio que las demas naciones de Europa, que han adoptado ese orden mismo.

Una nacion se compone de la mayor parte de sus individuos, y si se quiere, se compone de la mas sana; y vmd. sabe muy bien qué es lo que desea la mayoría. Recorramos los pueblos, y visitemos las provincias; observemos la conducta de los habitantes; oigámoslos en sus opiniones, y pronto tendremos el desengaño sobre lo que desean, y la prueba de lo que llevo dicho. Si el que no quiere los medios aborrece el fin, ¿cómo podrá decirse que la parte mayor y mas sana de España se ha decidido por la resistencia al Emperador y por la guerra, quando se niega á contribuir á ella con sus personas y con sus bienes? Dígame si la mayor parte de los habitantes se resiste ó no á satisfacer lo que se les pide por los gefes de la insurreccion, y á tomar las armas personalmente. Seguro estoy, y lo deberán estar todos conmigo, de que apenas hai soldado que no haya desertado mil veces, ó por mejor decir que piense en otra cosa que en desertar, y que sirva por otro principio que por el de la fuerza. Esta es la que arranca á los jóvenes de sus hogares, y les pone en las manos unas armas que detestan y abandonan al primer encuentro; y estas la que despoja de sus haberes á los habitantes, que maldicen á los infames executores de unos sacrificios inútiles y odiados. Verdades son estas conocidas de todos, porque á nadie se oculta que ni se sirve ni se contribuye á los insurgentes sino por la fuerza. Díganlo sino las conseripciones y sus efectos. ¿Quién queda comprehendido sino el pobre que no puede pagar para libertarse, y que ha visto desgraciarse todos sus recursos en solicitud de exención? ¿En dónde está pues el deseo de guerra? ¿En dónde el odio al nuevo orden de cosas, y en dónde la resistencia que se opone á las disposiciones del Emperador, y al reinado en España de su augusto hermano?

Hubo un momento, lo debemos decir con franqueza, en que la mayor parte de España se interesó en esta sangrienta lucha, y en que la inesperienza y la ignorancia, efectos necesarios de la política de nuestra última corte, armaron á los niños y á los ancianos, y con palos y espa-

das se creyó resistir á las cohortes mas aguerridas que conoció el mundo; pero de los primeros ensayos resultó el convencimiento de la debilidad, y de este la reflexion de la conveniencia. Hace ya mucho tiempo que España ha conocido que ni puede ni le conviene resistir; que lo que le interesa es obedecer y aceptar las disposiciones del árbitro de Europa, y reunirse al trono de su digno hermano. Hace ya mucho tiempo que España no resiste, aunque por desgracia es el teatro de la resistencia.

Pero los españoles hacen la guerra, se me objetará acaso. Asercion arbitraria, y que carece de todo fundamento. El español degenerado, el traidor á su patria, este no es español, es un monstruo que destroza á su madre; es un parricida, cuyo horrible crimen lo ha privado de toda representacion nacional, y que solo puede figurar entre los salvajes que se alimentan de carne humana. ¿Y son otros acaso los que todavia pelean contra el voto de la nacion? Hombres salidos de las cárceles y de las galeras, hombres marcados en las espaldas con el hierro caldeado, y en la frente con el oprobio y con la infamia, éstos son los gefes de las cuadrillas que asolan el pais, y que roban y asesinan á sus hermanos, y estos son los principales que hacen la guerra.

Diráseme acaso que todavia hai ejércitos y generales. Dudo en primer lugar de que esto sea asi, porque los generales, aunque nacidos en España, sirven baxo las órdenes de la Inglaterra, y los soldados obedecen á esta del mismo modo, y se han mezclado ya con los ingleses, portugueses, sicilianos, malteses y otros extranjeros, en términos de haber perdido, por decirlo asi, su naturaleza, y de haber dexado de formar un ejército español, siendo como son en todo sentido unos auxiliares de la Gran Bretaña. Y siendo esto asi, como lo es, ¿qué razon hai para asegurar que todavia se hace por la España la guerra á los franceses? Seamos justos en nuestras observaciones y nuestras consecuencias. Los ingleses tienen á su sueldo y por auxiliares soldados suizos, soldados alemanes, y aun soldados franceses, sin que por esto pueda decirse que las naciones de estos hagan guerra á la Francia. ¿Por qué pues se dirá que la España la hace, precisamente porque algunos españoles sirvan á la Inglaterra?

Pero demos de barato, y esto es ya á la verdad quanto puede decirse contra la pobre España, que los españoles, que todavia tienen las armas en la mano, formen un partido contra la Francia, con el proyecto de oponerse á quanto venga de ella, y de establecerse un gobierno aparte; y aun en este caso ¿osaremos decir que España hace la guerra? ¿Son estos españoles la mayoria de la nacion? ¿Son su parte mas sana? Todo menos que esto. En quanto al número son lo que uno es á ciento, y en quanto al mérito, calidades y arraigo la desproporcion sube de punto hasta perderse de vista; porque ¿en dónde ó en qué partido estan los propietarios, los gefes de familia y los hombres sensatos? Quatro militares, que por no perder su mando y sus caudales, ó por un honor mal entendido, continúan en el servicio que han abrazado; quatro hombres inmorales, bien hallados con el robo y la devastacion, y algunos jóvenes arrancados de sus hogares por los unos ó por los otros, son los úni-

cos que existen en este partido, si así puede llamarse, acaso acalorados por algunos clérigos y frailes indecentes, que despues de haber pasado su vida en las cárceles y en unos malos seminarios, debian aprovechar esta ocasion para echarse al oficio de bandoleros, que es el que seguramente hubieran tenido, si los sagrados órdenes se hubiesen siempre dispensado sin aquel *cito* que reprobó el apóstol.

Si quanto llevo dicho es la verdad pura, ¿por qué se supone no pocas veces que la España se resiste? ¿Por qué á ese corto número de traidores se les hace el honor de dirigirles la palabra, de entrar en disputa con ellos, y aun de emplear en las contestaciones el estilo fraternal, amistoso, y algunas veces de ruego y de plegaria? ¿Por qué no se les trata como se merecen, y como en todos tiempos se ha tratado á los traidores, á los salteadores y á los asesinos? ¿Quándo se ha pensado de atraer á estos con la exhortacion y los ruegos, y quándo se han dirigido los papeles públicos al objeto de inspirarles el orden, y de hacerles abandonar su método de vida? ¿No ve vmd., señor redactor, que esos hombres se creen de importancia por la seriedad con que se les habla, y que se hinchán y ensoberbecen al verse el objeto de los trabajos de los sabios, y acaso del gobierno? Seamos consecuentes, seamos reflexivos: desentrañemos el verdadero estado de las cosas de España, y vengamos á confesar y reconocer que no resiste ésta, sino la Inglaterra, y la inmoralidad de un corto número de españoles degenerados. La conducta que acerca de estos debemos observar es en mi concepto del todo diferente de la que hasta ahora hemos tenido, y el tiempo llegó ya en que debemos dar á cada uno lo que le corresponde. Los enemigos de la felicidad de España, esos monstruos que devoran á la madre que los engendró, y que la han vendido á su mas funesto contrario, no son ni han sido de naturaleza de desengañarse ni convencerse: solo piensan bien quando se les despoja de la libertad, y en volviendo á ella se gozan en sus crímenes. Abandonemos pues todo medio de conciliacion; no haya paz con ellos, ni dexen de tratarse como lo exige su estado y carácter. En una palabra, á los salteadores se les persigue con las armas de la justicia, se les acosa con la fuerza pública, y tenidos se les castiga sin compasion. Eso por lo que hace á esos monstruos: por lo que respecta al público, á quien debemos hablar, y á la Europa toda, á quien debemos instruir del estado en que nos hallamos, nuestro language debe ser tan sencillo, como lo es siempre el de la verdad. España no resiste: España está sumisa; pero España es el teatro de la resistencia de los ingleses, y de la guerra que estos hacen á la Francia. =Queda de vmd. &c.= N. N.

TEATRO.

En el de la Cruz, á las 6 de la noche, se executará la ópera en 4 actos titulada Figaró, ó el Barbero de Sevilla, y se dará fin con el bolero y el fandango.

Se advierte al público de orden del gobierno que la compañía no está obligada á executar mas de lo que ofrece en los carteles y diario.

Con Real Privilegio. En la imprenta del Diario.